

versar con los santos en la tierra, merezcamos poseeros con ellos en el cielo: esto es lo que os deseo, etc.

DIVISIONES.

COMPAÑÍAS.—El que frecuenta malas compañías:

- 1.º Infiere una grave ofensa á Dios.
- 2.º Dá al prójimo gravísimo escándalo.
- 3.º Causa á su alma un grave perjuicio.

COMPAÑÍAS BUENAS.—Es preciso:

- 1.º Buscarlas como si fuese un asilo seguro para nuestra inocencia.
- 2.º Tomarlas como una escuela de piedad.
- 3.º Aprovecharlas á fin de que sean para nosotros un seminario de perfeccion.

COMPAÑÍAS MALAS.—Debemos evitar la compañía de los malos, como los santos se retrajeron de los perseguidores.

Cuando no los podemos evitar, conviene que estemos á su lado como un juez entre los criminales.

Luego que nos háyamos apartado de las malas compañías, debemos hacer lo que haríamos si saliésemos de un pueblo de apes-
tados.

Véase: AMISTAD.

COMPASION.

Samaritanus videns eum, misericordia motus est.

Viéndole un Samaritano, movióse á compasion.

(Luc. x, 33.)

En el Evangelio nos explica extensamente Jesucristo el precepto de la caridad, al dejar confuso á un doctor de la ley, que, por mera curiosidad y para sorprenderle en algun descuido ó contradiccion, le dirigia varias preguntas. Nos enseña, que los hombres deben estar animados de sentimientos de compasion hácia todos; que la diferencia de patria y religion no ha de ser un motivo para que se desate el lazo que por naturaleza ha de unir los corazones; que todos los hombres quedan comprendidos bajo la denominacion comun de prójimos, y que por esto todos estamos obligados á tener compasion de los desgraciados.

La parábola con que Jesucristo contesta al doctor de la ley, le instruye y le confunde. El infeliz á quien los ladrones habian despojado de todo en el camino de Jericó, cubriéndole de heridas y dejándole en peligro de muerte, no excitó la compasion de los levitas, los cuales se conerteraron á mirarle.

El deplorable estado de aquel infeliz no fué bastante para conmover sus corazones; é indiferentes á su suerte, pasaron sin socorrerle, y procuraron retirarse á toda prisa. Pero lo que no pudo la compasion en los levitas, lo consiguió en el samaritano, es decir, en un extranjero. La diferencia de culto no fué un motivo para acallar sus sentimientos humanitarios; sino que se movió á curar las heridas de aquel desgraciado, á proporcionarle hospitalidad, y atender á sus futuras necesidades.

Este samaritano, este extranjero dió verdaderamente pruebas de que era prójimo de aquel infeliz; la naturaleza estableció entre ellos una relacion íntima; la naturaleza hizo franquear respectivamente

sus corazones: el del samaritano á la compasion, y el del herido al reconocimiento. La insensibilidad y dureza de corazon son vicios que deshonran á la humanidad; en todas épocas y lugares, bajo la influencia de cualquiera religion, la compasion ha merecido y merece justos elogios.

Si quereis descubrir, hermanos míos, el principio de esta indiferencia con que suele mirarse ahora á los desgraciados, no teneis más que fijar la vista en la licencia de costumbres, en la falta de fe, y en las ideas que los incrédulos han propagado sobre la vida futura. Unos cifran la felicidad en la opulencia, otros en los placeres sensuales; y así, sucesivamente, echareis de ver en todas las inclinaciones y en los caracteres, que en punto á procurarse deleites y evitarse disgustos se paga un constante tributo á las exigencias de la naturaleza humana. Y si en algunos, que hacen alarde de su buen corazon y se glorian de sus buenos sentimientos, quereis descubrir el modo con que interpretan la compasion, vereis que no les anima la caridad; y que muchas veces son benéficos y compasivos por egoismo, por su interés particular.

Pues bien; no es esta la compasion que debe excitarnos la desgracia; sino la compasion que la naturaleza nos inspira, y que la religion nos impone como un precepto, premiándonos por ella con la gloria eterna.

Así espero demostrarlo, hermanos míos, si me asisten los auxilios de la gracia. A. M.

1. En la opulencia, en la grandeza, y aun en medio del esplendor del trono, la naturaleza no pierde sus derechos; basta ser hombre para ser sensible. La miseria conmueve los buenos corazones; de modo, que no pueden ver á los desgraciados sin enternecerse. Para ser humanos, tiernos y compasivos, no es necesario ser cristianos. La ley natural ha grabado en nuestros corazones un precepto, que los mismos paganos respetaron; este precepto es la máxima: trata á los demás, como quisieras que te trataran á tí propio. Sábios é ignorantes, paganos y cristianos, ricos y pobres, los monarcas y los súbditos; todos quieren que se les consuele y cuide en su desgracia. Sea cual fuere vuestro estado, en medio de las riquezas como de los honores y de los placeres, estais sujetos á enfermedades, desgracias, pérdidas y disgustos. En semejante situacion, ¿qué os sucederia, si no tuvieseis quien os proporcionase consuelos ni alivios? ¿Os sorprenderia que no os rodeasen los amigos, y llorasen con vosotros? ¿Os contentaríais con los amigos importunos que rodeaban

á Job, y atribuian sus penas y desgracias á su ligereza é imprudencia, á su disipacion y á sus excesos? No por cierto. Pues bien; ¿de qué os quejareis, si lo propio que hacen los demás con vosotros, lo haceis con vuestro prójimo?

Para convenceros, hermanos míos, de que esa dureza con los desgraciados es un gran crimen, no teneis más que recordar el cargo que el Evangelio nos dirige. ¡Oh criado inicuo! ¿no es justo que tú tambien tengas compasion de tu hermano, como yo la tengo de tí? *Nonne ergo oportuit te misereri conservi tui sicut et ego tui misertus sum.* MATTH. XVIII, 33.

Dignas son de admiracion las leyes que los sábios del paganismo expidieron en favor de los extranjeros, y los elogios que dispensaban á los que ejercian la hospitalidad. La compasion, que les merecian los desgraciados, no era fruto de particulares relaciones, ni de lazos de familia, ni de la igualdad de sentimientos y de culto; sino que era fruto de la naturaleza, de los buenos sentimientos que les animaban. S. Pablo hace un magnífico elogio de los que ejercieron la hospitalidad en la antigua ley, porque movidos de la compasion hácia los extranjeros y desgraciados, les franqueaban sus casas y les daban asiento en su mesa.

A pesar de esto, echaremos de ver, hermanos míos, que hay corazones insensibles á la desgracia y al infortunio. Si buscamos la causa de semejante insensibilidad, la encontraremos en la abundancia, en los honores, en los placeres: los que solo tienen apego al vicio y á la molice, los que solo se ocupan de sus distracciones y placeres, éstos son los que se hacen más insensibles á la desgracia, y apartan su vista del infortunio, como sucedia con los que pasaban junto al pobre de Jericó. Los ricos parten de la equivocada idea, de que los pobres están destinados á sufrir escasez y apuros; creen que los pobres han de vegetar por disposicion de la Providencia en la penuria, en el malestar y en la carencia de auxilios; sin tener en cuenta, que Dios es igualmente padre de todos, de los ricos y de los pobres, de los afortunados y de los miserables. Temen afligirse con la vista de las desgracias; temen que este triste recuerdo enturbie la satisfaccion que se procuran en medio de los placeres; por esto no se ocupan de los ajenos infortunios, y apartan la vista de todo cuanto pueda excitar su compasion.

Y sin embargo, estos hombres insensibles á la suerte de los infelices son los primeros en elogiar su buen corazon, y en reprobar la conducta de los que obran como ellos, es decir: de los que tratan

con dureza á los infortunados, de los que abandonan á los amigos en la desgracia.

Pero prescindiendo de estos hechos, que son muy frecuentes y comunes en el mundo, debe notarse la singular conducta de los muchos, que solo se enternecen de las desgracias que se presentan á su vista, sin ocurrírseles jamás, que no deben concretar su compasion á los parientes y amigos; fuera de los cuales hay tambien muchos hombres desgraciados, que no han de excitar ménos nuestra lástima, aunque no nos una á ellos relacion tan íntima como la del parentesco. Los hombres, dice S. Agustin, no forman sobre la tierra más que una sociedad, una familia, un cuerpo moral. Esta unidad no supone la igualdad de bienes, de condiciones, de autoridad, y de grandezas temporales; al contrario, supone variedad de clases y de condiciones; variedad necesaria para la debida armonía de este mundo. Dios ha dado variedad á los estados, estableciendo la diferencia entre pobres y ricos, entre gobernantes y súbditos. Jesucristo no vino á abolir las clases, sino á santificarlas; así, pues, cuando decimos que los lazos de la naturaleza unen á los hombres, entendemos que traen un mismo origen, que tienden á un mismo fin, que tienen en el cielo á su Criador y Padre comun, y, por consiguiente, que deben amarse y tomar parte en el infortunio de sus semejantes. Podemos hacernos obedecer, honrar y temer sin faltar á los sentimientos que la humanidad nos sugiere. La compasion de los grandes y poderosos con respecto á los desgraciados seria culpable, si dejasen, por otra parte, impune el vicio. Los sentimientos de humanidad no se oponen al honor, á la equidad, al órden y al decoro; y mal pudiera ser así, cuando no solo la naturaleza inspira la compasion, sino que la religion nos la impone como un precepto, premiándonos por ella con la gloria eterna.

2. La causa de esa insensibilidad y dureza de corazon de que os hablaba no há mucho, proviene de que no se aprecian todos los quilates de la verdadera caridad, y no se forma una idea exacta del prójimo que se nos manda amar. Aunque la naturaleza, al unir todos los corazones en este mundo, hubiese de hacer á todos los hombres sensibles á las desgracias de su prójimo, sin embargo, casi todos los hombres, antes de Jesucristo, ignoraban la significacion de la palabra prójimo: se contentaban con amar á los que los amaban; pagando con la indiferencia ó el odio á los que los odiaban, ó se distinguian por sus diferentes costumbres, religion, patria y sentimientos. Solo la voz de la amistad tenia eco en el corazon; la voz de la naturaleza era desatendida; no bastaba que se necesitasen auxilios, era, además,

necesario merecerlos. Ved aquí, hermanos míos, el modo con que obraban los judíos; su corazon era mezquino, y no se franqueaba fácilmente á los delicados sentimientos de la compasion.

Pero Jesucristo, al tomar carne mortal, nos presentó el grandioso cuadro de la caridad cristiana. En efecto, dice S. Leon; el augusto misterio de la Encarnacion no tuvo otro móvil que los infortunios del hombre, y la misericordia de Dios. Los pecados de los hombres movieron la justicia de un Dios, origen de toda santidad; las miserias del hombre conmovieron á Dios elemente y bondadoso; y, movido por su misericordia, se dignó humillarse hasta el hombre para elevar al hombre hasta Dios: *Causa reparationis nostræ non est nisi misericordia Dei.*

Pues bien, establecido este principio, es fácil formarse una idea exacta de los alcances de la caridad cristiana, que debe corresponder á la misericordia de Dios: el hombre debe imitar á Jesucristo; por esto fué criado á su imagen, *ut imitator sui esset Auctoris.* Y así como el amor de nuestro Salvador alcanzó á todos los hombres, sin distincion de clases ni categorías; así como nuestro Salvador no concretó su misericordia á una nacion ó un pueblo, porque la desgracia del pecado, que iba á remediar, era general; así nosotros no debemos hacer excepciones entre personas ni pueblos, al corresponder con nuestro amor á los infortunios de nuestros semejantes. El mérito particular de tal ó cual pueblo, de estos ó aquellos hombres, no podía ser parte para que Dios concretase á ellos su misericordia al tomar carne mortal; todos los hombres eran igualmente culpables; todos eran objeto de la cólera del Señor; ved aquí, pues, como únicamente las miserias de la humanidad hubieron de mover la misericordia de nuestro Salvador.

La caridad nos exige que amemos igualmente al pecador y al justo; al que sigue nuestra religion, y al que profesa otra distinta; al amigo y al enemigo. La caridad no debe confundirse con la amistad, fruto de las cualidades del corazon y de la inteligencia; fruto de la armonía de los sentimientos, de los caracteres y de las costumbres. Esta amistad puede llevarnos á establecer relaciones íntimas con hombres viciosos y perjudiciales. La caridad nos manda detestar el vicio y toda clase de excesos, pero nos previene al mismo tiempo, que consideremos y amemos á todos los hombres como hermanos, doliéndonos de los peligros que corren para su salvacion eterna, y de las penas y trabajos que los afligen. En vano haremos alarde de ser cristianos, si no nos anima este espíritu, este sentimiento de compa-

sion, esta caridad hácia nuestros semejantes, esta caridad de la cual tenemos en Jesucristo el verdadero modelo.

El doctor de la ley, que habia dirigido á Jesucristo algunas preguntas para probarle, descubrió fácilmente, bajo la ingeniosa parábola que el Salvador le propuso, la importancia del precepto de la caridad cristiana. Un extranjero, un samaritano, se compadeció de aquel infeliz que imploraba piedad y auxilio, cediendo á impulsos de un sentimiento natural. Jesucristo nos dice, que imitemos la conducta del samaritano, y que sigamos sus huellas: *fac similiter*. Ved aquí, hermanos míos, lo que nos manda Jesucristo, á saber: que franqueemos nuestro corazon al prójimo, doliéndonos de sus desgracias y aliviando su infortunio.

No ignorais que todos los dias se presentan á vuestra vista gran número de infortunados; no ignorais las miserias que se esconden en los hospitales, en los asilos de la beneficencia, y en las cárceles. Pues bien; los cristianos deben acudir á visitar estos establecimientos, á consolar á los que sufren, y, en una palabra, á dar eficaces pruebas de esa caridad que nos recomienda Jesucristo en su Evangelio; de esa caridad que ha contribuido y contribuye al sostén de estos establecimientos benéficos y piadosos. Se han fundado con la caridad de los santos, la liberalidad de los reyes y de los príncipes, y las limosnas de los ricos; dióles la caridad suficientes bienes para atender á sus necesidades, para asistir á todos los enfermos y pobres que se albergasen en ellos, sin hacer distincion entre extranjeros y conciudadanos.

Más, por desgracia, son muchos los que se retraen de visitar estos establecimientos, porque los afecta la vista de las miserias humanas, la tristeza pintada en los semblantes de los pobres y de los enfermos, los suspiros y ayés de los moribundos. Y, ¿qué sería de los desgraciados, si esta insensibilidad y retraimiento fuesen generales en los cristianos? ¡Ah! por fortuna Dios tiene sus elegidos, Jesucristo tiene sus discípulos; y en todos los siglos hemos visto modelos de caridad cristiana en algunos ricos y poderosos, en señoras, príncipes y aun monarcas de la tierra. *Fac similiter*. Imitemos como éstos al modelo de la caridad, á Jesucristo, en cuya vida encontraremos repetidos testimonios de la compasion con que miró las desgracias del linaje humano. Y debemos imitarle porque nos lo manda, y porque nos pedirá cuentas del modo con que habremos correspondido á sus preceptos y á su ejemplo.

La brillante gloria de que se nos presentará rodeado nuestro supremo Juez; el aparato majestuoso y terrible de su juicio á la vista

de todas las generaciones reunidas; el elogio que hará de los que habrán seguido los preceptos del Evangelio; y el terrible anatema que fulminará contra los que habrán desobedecido á sus preceptos; todo esto, hubiera de movernos á dar pruebas de compasion con los desgraciados, y de caridad con todos nuestros semejantes.

El precepto de la caridad cristiana está resumido en estas significativas palabras: Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial: *Estote perfecti sicut et Pater vester cælestis perfectus est*. MATH. v, 48. Sed misericordiosos con vuestros hermanos, como es misericordioso con vosotros vuestro Padre celestial: *Estote misericordes sicut et Pater vester cælestis misericors est*. Luc. vi, 36.

En recompensa de esta caridad, que Jesucristo nos impone como un precepto, nos promete especiales glorias y distinciones. Dícese en la sagrada Escritura, que el hombre misericordioso y caritativo será bendecido en este mundo, y lo será su raza y su familia; será agradable á Dios y á los hombres, y se atraerá las bendiciones de los justos. Permitidme, hermanos míos, que me concrete á estas sucintas frases, al indicaros las felicidades prometidas por Dios á los que sean misericordiosos y compasivos; sería interminable mi tarea, si hubiese de citaros todos los pasajes de la sagrada Escritura, en los cuales se prometen estas y otras recompensas.

Pero aun cuando no fuese esto un incentivo para inducirnos á cumplir con este sentimiento tan natural al hombre, ¿no ha de ser parte para movernos, el consuelo interior y la alegría que nos proporciona la caridad con el prójimo? ¿No ha de hacer mella en nuestro corazon la gratitud de los mismos desgraciados á quienes proporcionamos alivio? Un hombre de corazon compasivo y generoso se hará siempre bienquisto, y apreciarán su mérito aun los mismos que se muestran más ajenos á la caridad; un hombre de corazon compasivo se ve recompensado con el respeto y la admiracion y el sincero afecto de sus conciudadanos.

Más, prescindiendo de todos esos motivos secundarios, prescindiendo de las recompensas temporales con que Dios premia, aún en este mundo, la compasion hácia los pobres y desgraciados; no debemos hechar en olvido, que en el dia más crítico de nuestra vida, cuando estaremos tendidos en el lecho del dolor y de la agonía; en aquel terrible trance en que los apóstoles necesitan apóstoles que los alienten; en que los mundanos ven apartarse de sí todos los objetos de su criminal apego; en que el altivo rico de corazon endurecido ve abiertos á sus piés los abismos del infierno; entónces el Señor se acercará á nosotros y nos agregará á sus escogidos, para recompen-

sar la compasion que habremos tenido hácia los desgraciados: *In die mala liberabit eum Dominus*. Seamos, pues, misericordiosos, y conseguiremos esta misma dicha; y en compañía de los pobres, á quienes habremos consolado y asistido, entraremos en la patria celestial, que á todos os deseo. Amen.

DIVISIONES.

COMPASION.—Todos los cristianos deben pedir á Dios:

- 1.º Que les dé una compasion verdaderamente caritativa.
- 2.º Que no permita jamás, que nuestra compasion sea carnal.

COMPASION.—La que tenemos á los pecadores que siguen el camino de su perdicion, nos merece las gracias necesarias para continuar por el buen camino.

La que tenemos á los santos miéntras son perseguidos, nos hace partícipes de las gracias adquiridas con sus sufrimientos.

Véase: MISERICORDIA, y AMOR DEL PRÓJIMO.

COMPLACENCIA MUNDANA.

Beatus qui non fuerit scandalizatus in me.

Bienaventurado aquel que no tomare de mí ocasion de escándalo.

(S. Matth. xi, 6.)

Este es el carácter por el cual el Salvador del mundo conoce á sus discípulos verdaderos; esta es la condicion que este hombre Dios les propone para que sean admitidos á su servicio, y para que sean dignos de vivir en su ley. Declárales, que es necesario tomar parti-

do; que no hay que esperar ser del número de los suyos, si no se ha tomado la resolucion de hacer profesion á cara descubierta de serlo; que es indigno de su Majestad cualquiera que, siendo cristiano, por una infame complacencia deje de parecerlo; que no basta para ser suyos creerle con el corazon, si no le confiesan con la boca; que no basta confesarlo con la boca, si con las obras no se muestra; al fin, que quiere hombres fervorosos, generosos, sinceros, que pongan su honra en tenerle por Señor, y su merecimiento en obedecerle.

Pues con estas condiciones excluyó de su reino á aquellos mundanos viles, que, léjos de declararse por Jesucristo, se avergüenzan de Jesucristo; que, léjos de honrarle, se escandalizan de él: y que no contentándose con escandalizarse de Jesucristo, le escandalizan cada dia en sus hermanos, inspirando á los demás la misma complacencia mundana que los domina. Esto es lo que propongo impugnar con este discurso: este empacho del servicio de Dios; este deseo de agradar al mundo, que destruye el culto que debemos dar á Dios. Quiero haceros ver su indignidad, su escándalo, su desórden: su indignidad por comparacion á nosotros mismos; su desórden por comparacion á Dios; su escándalo por comparacion á nuestros prójimos.

Hay unos que son esclavos de esta fatal complacencia; y hay otros que son sus autores. Hay esclavos de la complacencia mundana: á estos les mostraré, cuan indigno y cuan culpable es su proceder. Hay autores de la complacencia mundana: á estos les haré ver cuan escandaloso es su proceder. La indignidad de esta complacencia hará que la despreciemos. El desórden de esta complacencia hará que la condenemos. El escándalo que causa, hará que temamos sus consecuencias. Esta es toda mi idea. A. M.

1. En todos tiempos se han dejado los hombres dominar de la complacencia mundana, demostrando con esto un carácter de servidumbre y un carácter de cobardía: uno y otro indigno de todo hombre que tiene conocimiento de Dios; pero aun mucho más de un cristiano elevado por el bautismo á la adopcion de hijo de Dios. Atended, amados oyentes míos, y no se os pase nada de estas dos importantes verdades.

La complacencia mundana, ó sea una atencion escrupulosa á hacer todo lo que place al mundo, y á no hacer nada de cuanto pueda desagradarle, es una servidumbre vergonzosa. La llamo servidumbre; porque ¿qué cosa hay más servil que estar reducido, ó por mejor